

la narración que hace un amigo de otro que ya murió a la luz de la ausencia. Al final, da la impresión de que, a pesar de las casi 240 páginas, a Mejía Duque le quedó haciendo falta más espacio y seguramente todavía se despierta añadiendo, corrigiendo y anotando sobre la obra de Azorín.

JIMENA MONTAÑA
CUELLAR

Un colombiano singular

**Mauricio Obregón:
navegante de mar y cielo**

Yolanda Reyes

Colciencias, Panamericana Editorial,
Bogotá, 2000, 75 págs.

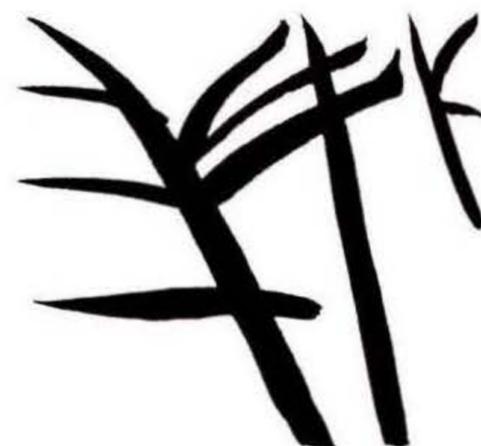
Hace cerca de dos años quien escribe esta nota fue nombrado jurado de un premio anual que otorga la Cámara Colombiana del Libro durante el marco de la Feria Internacional del Libro de Bogotá. Tras revisar, con los otros dos miembros del jurado, Roberto Burgos Cantor y Helena Iriarte, las distintas publicaciones que nos fueron entregadas, dentro de las que había no pocos libros y ediciones meritorias, escogimos darle el premio, por lo demás apenas simbólico, por cuanto la suma que la Cámara destina para este galardón es irrisoria, no a un libro en particular sino a una bella colección que está dirigida a un público juvenil y que se edita por iniciativa de Colciencias en asocio con Editorial Panamericana. Se trata de una serie de biografías de quienes conforman nuestra si bien poco nutrida galería de hombres de ciencia, no por ello menos importante. En estas ediciones se ha escatimado poco: pasta dura, profusión de imágenes en color, bello papel finlandés esmaltado y, por lo general, textos de reconocidos escritores. Dentro de las biografías publicadas en esta co-

lección cabe destacar la de Federico Lleras Acosta, la de Lino de Pombo, la del sabio Mutis, la del astrónomo Garavito. Aunque en esta nota se trata de comentar específicamente la biografía de Yolanda Reyes *Mauricio Obregón, navegante de mar y cielo*, he considerado importante hacer este preámbulo, ya que, como en la ocasión en la que fui jurado, pienso que debe hablarse siempre de esta colección como un todo. Es más: esta iniciativa debería ser apoyada y promovida por algún organismo del Estado para que estas biografías no sean solamente de hombres de ciencia, sino también de nuestras más representativas figuras en las artes, para que tengan conocimiento de ellas los jóvenes. ¿Por qué no existe, por ejemplo, una serie similar en la que se ilustre sobre la vida y la importancia de la obra de José María Espinosa o de Epifanio Garay o de Andrés de Santa María, en el ámbito de la pintura? ¿Dónde están las biografías de Luis A. Calvo, de José Barros, o de Crecencio Salcedo, para hablar de nuestros cultores de la música popular? Y aunque existen serios estudios académicos sobre algunos de nuestros escritores dirigidos a especialistas, no encontramos el texto ameno y liviano, de carácter biográfico, dirigido a los neófitos y que pueda entusiasmarlos a la lectura de las obras.



Esta biografía de Mauricio Obregón nos cuenta en setenta y cinco páginas lo que fue su *periplo*; y está dividida en seis capítulos: "Punto cero", a manera de introducción,

"Los orígenes de la travesía", "Alas para no quedarse en tierra", "Historias desde el mar del aire", "El Nuevo Mundo" y "Navegar es necesario".



Como en toda biografía, se nos cuenta la historia desde los inicios, o sea las temporadas de la familia Obregón en Barranquilla y en Barcelona, su vínculo con los dos países, Colombia y España, su relación con el mar y con los viajes desde que fuera niño. Después, tras la muerte de su padre, la díscola estadia con sus primos Rafael y Alejandro (el gran pintor) en el internado de Stonyhurst, y vemos cómo comienzan a perfilarse sus caracteres de hombres libres. Viene posteriormente toda la etapa de sus estudios en los Estados Unidos, donde consigue el título de ingeniero aeronáutico, y su regreso a Colombia, en donde decide vender las acciones de la compañía textilera familiar para fundar su propia línea aérea, Lansa, de gran importancia en la historia de la navegación aérea en nuestro país. Pero hasta ahí no llega todo; él podría haberse quedado amasando una fortuna, como es lo habitual, y ser un gran hombre de empresa. Y efectivamente fue un hombre de empresas, de alocadas empresas que consistieron en recorrer los mares y los cielos del mundo rehaciendo las rutas de los más famosos viajeros: desde Odiseo y Jasón (apoyado en los textos literarios), pasando por Cristóbal Colón, Magallanes y Pigaffeta, hasta llegar a un viaje que si bien no realizó, si siguió paso a paso con mayor intensidad que cualquier otro, no sólo por su pasión de viajero, sino por su vasto conocimiento

de la aeronáutica y del mapa celeste: el del Apolo 11 a la luna.

Mauricio Obregón sostuvo una fructífera amistad con el almirante inglés Morison, que lo llevó a recorrer en avioneta los mares del sur, fue un gran promotor del canal interoceánico en el Chocó —el cual defendió con tanto ahínco como pocos resultados—, fue uno de los fundadores de la Universidad de los Andes, donde dictó su cátedra de los grandes viajeros, la misma que impartió en varias universidades estadounidenses. Fue un hombre inquieto y apasionado para quien no existían obstáculos insalvables.

Yolanda Reyes nos ha contado en este libro todo lo anterior con la sencillez que requiere una historia dirigida a un público que comienza a adentrarse en el mundo de la lectura, pero a veces comete torpezas, como aquella de decirle “intrépido lector” a quien tiene el libro en las manos, lo que estoy seguro seduce muy poco a un adolescente de hoy. Por otro lado, su relato no logra persuadirnos de la importancia del personaje y de sus logros, pues su entusiasmo parece quedarse en algo demasiado doméstico. ¿O es que el personaje no da para tanto y los resultados de todas sus aventuras no bastan para estar al lado de los científicos y de los descubrimientos que conforman esta colección?

En cuanto a las ilustraciones y los fotomontajes de Claudia García, y a la diagramación, habría varias observaciones: no creo que tenga mucha fortuna el *collage* de fotos familiares con pegotes de óleo e insertos de mapas antiguos, pudiendo recurrir a bellos dibujos ilustrativos que, aunque pueden ser más convencionales, también pueden lograr un mejor resultado estético. En cuanto a la diagramación, ¿qué son esos fragmentos de textos diagonales en recuadros en medio de las marejadas de óleo? ¿Por qué ese inútil delineamiento en las páginas de sólo texto? Podrían haberse puesto solamente unas viñetas, o algún detalle de uno de los dibujos para estimular “al intrépido lector”. En cuanto a la impresión, al menos en el ejemplar que me

fue suministrado, le faltó un poco de la luminosidad que uno imagina que vio Mauricio Obregón en los momentos de esplendor en los que le fueron tomadas las fotografías que sirven para ilustrar este volumen. La tipografía es bastante acertada: se deja leer con facilidad gracias al tamaño de la letra que resalta con pulcritud en el papel de Finlandia.

Con todo, y aunque haya observaciones no muy favorables con respecto a este libro en particular, esta colección merece ser acogida con entusiasmo; vale la pena que se amplíe a las áreas que mencionábamos atrás y no debería faltar en ninguna escuela ni colegio de nuestro país. Reconocernos en aquellos que han forjado lo mejor de nuestro pasado, sin duda contribuye a que tenga presencia nuestra difusa y maltrecha identidad.

FERNANDO HERRERA
GÓMEZ

Un clásico

Alfredo Gutiérrez, la leyenda viva

Fausto Pérez Villarreal

Fondo de Publicaciones Universidad del Atlántico, Barranquilla, 2001, 219 págs., il.

Recoge este libro, de inspiración periodística, la biografía del cantautor Alfredo Gutiérrez, ídolo de las multitudes que en este país, así como en otros del área del Caribe y de Suramérica, se recrean en la música colombiana “tropical”, genéricamente llamada vallenata.

Era un jovencito de indudable talento para el acordeón, instrumento que aprendió a tocar precozmente, hasta el punto de que, al integrar un conjunto infantil de música, que hizo giras por Venezuela y Ecuador, fue calificado de niño prodigio. En el libro se recalca esta gira, al parecer exitosa, ya que los presidentes Marcos Pérez Jiménez y José María

Velasco Ibarra, lo atendieron con deferencia especial, al igual que, en Bogotá, la hija del presidente Rojas Pinilla, María Eugenia. Este conjunto se llamó Los Pequeños Ballenatos.



Alfredo Gutiérrez nació en 1943 en la aldea de Paloquemao, corregimiento de Corozal, perteneciente entonces al departamento de Bolívar y hoy al de Sucre. Era hijo de un acordeonero de La Paz (Cesar, antiguo Magdalena).

Fue discípulo favorito del compositor e intérprete del acordeón Calixto Ochoa, autor, entre otras canciones, de la famosa *El africano*.

Sobre la trascendencia de la producción de Alfredo Gutiérrez, el musicólogo vallenato Julio Oñate Martínez dice:

La aparición de Alfredo Gutiérrez en el panorama musical les abre una serie de perspectivas a nuestros acordeoneros, que hasta ese momento solamente manejaban ciertos patrones tradicionales de acuerdo con el potencial artístico de cada uno. Pero Alfredo Gutiérrez se atrevió a poner la mano en el teclado del acordeón, donde nadie jamás había osado hacerlo.

Los dedos de Alfredo Gutiérrez, súbitamente, como si hubiesen adquirido vida independiente, se rebelaron en una actitud desafiante contra las normas ortodoxas existentes hasta ese momento y armaron una verdadera revolución.

En 1961 graba, este singular personaje, su primera composición, *La paloma guarumera*, canción inicial